

# El arquetipo y los individuos

Alberto Vital

xv

*Hace cincuenta años o poco menos, en marzo de 1955, apareció Pedro Páramo.*

*Hace dos milenios y medio o poco menos, en la esplendente Atenas, Platón se preguntaba cómo liberarnos de la mera doxa, quiero decir, de la pura opinión sin argumentos ni documentos persuasivos, definitivos.*

*La ciencia, la episteme, nació para domeñar los caballos desbocados del “yo quiero”, del “yo creo”, del “yo supongo”, del “yo impongo”, del “yo digo que es así y es así porque lo digo yo”.*

*La lengua española no insiste en ver como ciencia los análisis de textos literarios: distintos de los alemanes y del ancho vocablo Literaturwissenschaft –“ciencia de la literatura”–, nosotros preferimos palabras y perfrasis más modestas, por ejemplo “estudios literarios”.*

*Aun así, virtudes primarias como la curiosidad inagotable, el rigor, el espíritu de búsqueda, la vocación por la verdad –es decir, por “lo que realmente pasó o está pasando”– son rasgos cruciales en un auténtico investigador ya sea mexicano o alemán, ecuatoriano o austriaco.*

Al menos dentro del campo específico de las primeras lecturas alrededor de la novela de Juan Rulfo, Platón estará plenamente satisfecho: el volumen de Jorge Zepeda, *La recepción inicial de Pedro Páramo (1955-1963)*, conquista un territorio para la episteme.

Jorge Zepeda nos libra ya de cualquier suposición peregrina acerca de las reacciones originales en torno al gran libro, cuyo cincuentenario venimos a festejar precisamente con la aparición de estas páginas acuciosas.

Zepeda ha visitado todas las hemerotecas, ha consultado todos los archivos, ha registrado todas las reseñas, ha comparado todos los escritos, ha organizado sus reflexiones para darnos un panorama concluyente del efecto causado por una pieza fuera de serie.

Los fanáticos de las notas a pie de página, ese género ideal para quienes disfrutaban de buena vista y para quienes nos investimos de insaciable gusto erudito, descubriremos a lo largo de *La recepción inicial...* información precisa, nueva u olvidada, inobjetable, muy útil para seguirles la pista a textos quizá injustamente empolvados, a sabrosas polémicas, a traducciones, a versiones primitivas, a amplios estudios rulfianos más allá de nuestras fronteras, y todo esto con puntualidad exhaustiva y perspicacia.

xvi

Un clásico es a la vez un arquetipo y es la única realización individual de ese arquetipo. Lo mismo podremos decir de las personas excepcionales: que la misteriosa impresión que nos causan proviene en buena medida del hecho de que estamos frente a un habitante del platónico *Topos Uranos* y a un individuo de carne y hueso, como si cualquier cosa.

Pedro Páramo y Juan Rulfo sufrieron tantas vicisitudes porque estremecieron hasta las raíces a un medio literario que iba en vías de volverse un sistema profesional, comercial e institucional. Michel Foucault nos ha dicho que una institución se define por todo lo que no se permite decir en ella. Lectores como Mariana Frenk-Westheim descubrieron de inmediato la magnitud de la obra y actuaron en consecuencia. Otros lectores no dieron crédito al acontecimiento y lo “normalizaron” a través de comentarios convencionales, precavidos, en exceso prudentes: aún no parecía dable admitir que el mapa del universo se modificaba con la aparición de una galaxia.

Ahora bien, la pesquisa de Jorge Zepeda fue factible entre otras razones porque Pedro Páramo surgió en una época en que era común que los libros nuevos recibieran un buen número de reseñas, de comentarios críticos: Pedro Páramo nace en una etapa en que la crítica periodística jugaba un papel orientador y mediador entre los autores y el público. Aun así, es indudable, como lo demuestra el estudioso, que un puño de reseñas semanales o mensuales resulta a todas luces insuficiente para que nos expliquemos los

múltiples movimientos en torno a una obra superior: es una falacia patente reducir la recepción a tal crítica y más todavía a un segmento de ella, pues el placer de la lectura también se manifiesta en traducciones, en reimpressiones, en imitaciones, en adaptaciones, en relecturas, en coloquios, en comentarios de boca en boca, en silenciosos agradecimientos, incluso en falsas leyendas y en volúmenes polémicos, cuyos propósitos, serios o sicaños, saltan de inmediato a los ojos agudos y expertos.

Ya se han hecho saludables juegos sobre cómo la crítica habría recibido hoy Pedro Páramo. También se ha dicho que no pocos editores lo habrían rechazado. Hace medio siglo (y el mostrárnoslo con viveza y con secuencia es uno de los muchos méritos de La recepción inicial...), no sólo Emmanuel Carballo (cuyo “Arreola y Rulfo, cuentistas”, de 1954, Zepeda ha leído de un modo admirable y cuya Revista Mexicana de Literatura fue el espacio propicio para que en 1955 apareciera el texto del español Carlos Blanco Aguinaga, uno de los pioneros de la mejor crítica sobre Rulfo), sino muchos otros críticos periodísticos y académicos y lectores comunes y privilegiados ayudaron a que viéramos mejor cómo la literatura urgía de una síntesis, y Rulfo la alcanzó, una “síntesis conflictiva”, según la afortunada fórmula de Jorge Zepeda; una convulsa confluencia de valores estéticos e inquietudes individuales y sociales que abrió y abre rutas a nuestra narrativa y aun a nuestra poesía y dramaturgia y a otras artes, como la pintura de Emiliano Gironella: “Oyes ladrar los perros” es un diálogo delicioso con el cuentista.

La recepción inicial... nos recuerda cómo cada apropiación personal de un texto mayúsculo contribuye a que el arquetipo se nutra de la sustanciosa y originaria vida de los individuos.